

I. EL DESPERTAR

“¿Crees en el destino? ¿Que hasta los poderes del tiempo pueden ser alterados por un propósito? ¿Que el hombre con más suerte en este mundo es aquel que encuentra el amor verdadero?”

El Conde Drácula en Bram Stoker's Drácula.

Francis Ford Coppola (1992)

CAPÍTULO 1. EL DESPERTAR

Un ruido de canicas rodando hacía mí. Pasan por debajo de la puerta...

Las recojo...

Mi último regalo a la pobre Pilar...

Alguien abre y entra...

(...)

El golpe en la entrada de la casa sonó de madrugada, despertándome con brusquedad.

Lo recuerdo con nitidez porque estaba soñando con mi hija, después de mucho tiempo. La rabia me invadió al desvelarme. Nadie hubiera podido imaginarse el odio con el que recorrí el pasillo hasta llegar a la puerta. Nadie.

Al abrir, encontré un objeto en el suelo que recogí de mala gana, lo arrojé sobre una mesa de la sala y salí, buscando al responsable de haberme arrancado de los brazos de mi hija. Lo hubiera matado allí mismo.

Hacía un frío terrible aquella noche, así que no tardé en dar media vuelta para volver a entrar, no sin antes dirigir una última y desafiante mirada al exterior brumoso; definitivamente, habría huido sin pensárselo dos veces.

Cerré de un portazo. Al encarar el pasillo sentí que algo había cambiado en el ambiente, que había algo extraño en la casa y tuve la inquietante impresión de no estar solo.

Agarré el atizador de la chimenea y lo blandí con fuerza mientras recorría la casa, buscando al visitante. Entré en cada habitación pegando voces, trataba de intimidar al posible invasor. No encontré a nadie.

Sin embargo, el desasosiego persistía. Tras inspeccionar cada rincón, me dirigí a la sala.

Allí estaba el objeto, en la alfombra. Al haberlo arrojado sin mirar, me había llevado por delante una fotografía de mi hija. La recogí con suavidad y volví a colocarla sobre la mesa. Aquella noche había soñado al fin con ella. Cada noche me quedaba mirando la foto hasta quedarme dormido, siempre deseando encontrarla de nuevo en mis sueños y, esta vez, había dado resultado, hasta la llamada desde la calle que me había despertado. Maldito sea todo -pensé- mientras recogía el objeto del suelo... Maldito...

Era una caja, pequeña y negra, cubierta por una tela desgastada. Al retirarla quedé boquiabierto, conmocionado hasta lo más profundo, incapaz de encontrar el porqué de aquella inexplicable combinación de sentimientos que suscitaba en mí y que me hacía oscilar entre la fascinación y el temor, la tristeza y la esperanza. La caja contenía un pequeño saco de canicas. El último regalo que le hice a mi pobre Pilar. ¿Estaba padeciendo una broma cruel? Desconozco el tiempo que permanecí allí, observándolas, totalmente hipnotizado y abatido.

Parecía que la muerte había llamado a mi puerta para permitirme gozar un momento de la fuente de la vida.

Inmóvil frente a la ventana, me dejé invadir por una extraña mezcla de euforia y desolación; inconsciente del peligro, pero sabiendo que, fuera quien fuese el dueño de la caja, vendría a recuperarla. No se lo permitiría. La caja era mía.

La inspeccioné con cuidado, buscando algún rastro indicativo de su anterior dueño o del mensajero, y encontré unos extraños grabados en la parte superior que nada indicaban acerca de su procedencia, los acaricié, pensativo.

Al manipularla algo cayó al suelo, un sobre; lo abrí y leí la nota que contenía. Al hacerlo, quedé sobrecochado: "...Sálvese ahora... sálvenos a todos." Blanco.

Blanco... No recuerdo lo que pasó con la carta, ni con el sobre, tal vez se desvanecieron ante mis ojos o tan solo quise ignorar la advertencia. Blanco, era tan formal, me era tan familiar...

Se apoderó de mí un profundo sentimiento de soledad y de tristeza. Volví a introducir la bolsa de canicas en el interior de la caja y la aferré con fuerza contra mi pecho. Aquella caja era... nunca sabría el porqué de aquella atracción misteriosa que, al mismo tiempo, tanto me desazonaba; no podría desvelar la promesa de su secreto...

Miré por la ventana, en el exterior cada vez más oscuro se espesaba la niebla, todavía era clara pero ya lo invadía todo.

Supé entonces que estaba soñando, todo a mi alrededor era extraño y desconocido y aquella casa tan grande no era la mía. Las paredes, arqueadas y enmohecidas, estaban adornadas con cuadros que reflejaban paisajes indescifrables, y mis pies pisaban un suelo imposible de hierba y metal. De alguna manera, percibía un inquietante aroma a bosque y a lodo. Sí, la caja y las canicas de mi hija...estaba de nuevo en un sueño, no cabía duda, vuelta a empezar. Sabía que de nada serviría perder los nervios, debía interactuar en el sueño hasta despertar o hasta perder la lucidez en él.

Eché un vistazo para orientarme, me encontraba en el piso inferior, en mitad de un largo pasillo que conectaba la puerta de la calle con una oxidada escalera de caracol. Dirigí mis pasos hacia la escalera y ascendí por ella hasta llegar a un cuarto que estaba vacío, salvo por una pequeña camita en el centro; desde la ventana se vislumbraba una cabaña semiderruida en la cima de una colina, justo enfrente de la casa.

Era todo tan real como siempre lo son mis sueños; me movía y sentía, con perfecta consciencia de que estaba en uno de ellos, pero no era capaz de despertar. Descendí de nuevo al piso inferior algo apesadumbrado. Ya me encontraba en el pasillo cuando un presentimiento me condujo hacia la puerta. Observé por la mirilla, pero estaba muy oscuro. Supongo que la abrí, aunque no lo recuerdo, mi mente solo desentierra de aquel momento la luz del interior de la casa abriéndose paso en la oscuridad. Nadie.

- "¡Estás en un maldito sueño!"-, me repetía sin cesar. Al ir a cerrar, escuché unas rápidas e irregulares pisadas en mi dirección. Un espasmo de alarma me puso a la defensiva pero, al mismo tiempo, aquello me hizo sentir curiosidad, así que esperé impaciente. Ante mis ojos

apareció una niña, caminaba a tirones, como sonámbula. Salí a su encuentro justo en el momento en que se desplomaba, cayendo hacia delante, dormida entre mis brazos...

Tras el impacto inicial, caí en la cuenta de que era preciosa, tenía el pelo de un rubio tan brillante que iluminaba aquella oscura casa como una luz, sí, era una luz en mitad de la pesadilla; y estaba allí, conmigo, compartiendo el mismo sueño que yo. No podía ni quería entenderlo. Me fundí en un abrazo con ella, era muy frágil... pobrecilla, tuve mucho cuidado para no dañarla. Me recordaba tanto a ella... a mi hija, a Pilar.

Levanté la cabeza. Un repentino cansancio se apoderó de mí, casi no podía sostenerme en pie. Quería dejarme ir. - "Estamos en un sueño"-, me repetía una y otra vez, pero me incorporé y subí con la niña a cuestras por aquella escalera interminable. Entré en la habitación y la recosté sobre la cama.

Ya iba a salir del cuarto cuando algo llamó mi atención, un movimiento a lo lejos, tras la ventana, cerca de la cabaña de la colina; me había parecido reconocer una voz gritando mi nombre. Aquello no era posible; sin embargo, al fijar la vista, distinguí a un hombre en la semioscuridad que descendía la ladera de la montaña y me hacía señas. Se acercaba, balanceando el cuerpo anormalmente y sin dejar de mirar hacia la ventana, observándome.

Me alejé instintivamente, con el vello de punta. Aquel hombre, su rostro... Sus contornos, aún velados por la noche, tenían algo sombrío, maligno. Apoyándome en la pared, tuve que recordarme una vez más que estaba en un sueño, una nueva pesadilla. Salí de la habitación de la niña, tras echarle una última mirada, -"Supongo que nunca más volveré a verte"- pensé, -"Tal vez en otro sueño"-.

Bajé las escaleras de dos en dos, agarrándome con dificultad a la barandilla, con repentina flojedad en las piernas y el equilibrio muy afectado. Iba en busca de la caja, quería tenerla junto a mí en aquellos últimos instantes, gozar de su misterio y del sonido de las canicas en su interior, antes de despertar; era como si estuviera llamándome.

Tras bajar, me pareció percibir un crujido al otro lado de la pared. No eran sonidos aislados, era como si alguien la rozara desde el exte-

rior. “Es un sueño, solo un sueño”, me repetía sin cesar. Me dirigí a la sala; solo quería volver a tener la caja en mis manos, abandonarme a la desoladora y, a la vez, vivificante sensación de sentirla mía antes de despertar. Sentir a Pilar de alguna manera, de cualquier manera.

Asiendo con fuerza la caja, me introduje en la primera habitación que encontré, llegué casi arrastrándome y me acosté en la cama, con ella sobre el pecho, acariciando sus relieves.

Tenía la impresión de que mi cuerpo era de plomo, me resultaba imposible mover un solo músculo. Nunca había tenido un sueño así. Deseaba despertar o perder la consciencia dentro de él; pero, a pesar del terrible cansancio, no podía sino estar tumbado; mi mente parecía no querer desligarse de aquel extraño estado, parecía solazarse con el parecido de la niña con mi hija, con la obsesión indescifrable por aquella caja y con el extraño ser fuera de la casa.

Escuche unos pasos deslizándose por la escalera, la joven se había levantado. Giré mi cabeza con gran esfuerzo, casi no podía moverme; durante un rato que me pareció interminable la escuché balbucear y correr sin descanso. Rozaba las paredes con su cuerpo y rompía cosas de las estanterías. Parecía buscar algo. De pronto la vi. Estaba en la penumbra del pasillo, vigilándome, como adivinando que realmente no me podía mover, que estaba indefenso. Quise incorporarme inútilmente, ayudarla, sacarla de aquel insólito estado en el que se encontraba pero, al mismo tiempo, su mirada me hizo sentir un escalofrío de puro miedo. Noté cómo bajaba los ojos hacía la caja y ladeaba la cabeza. Era eso lo que buscaba.

El cuerpo no me respondía, quería despertar de una vez, salir de aquel sueño como fuera... pero no quería abandonar la caja. Y fue en ese instante cuando la oí, una voz susurrante que provenía de la entrada.

Ella también la escuchó y se dirigió hacia la puerta.

Supé que la había abierto un segundo antes de notar una corriente de aire escarchado que me sumió en un abismo de hielo. El insoportable frío, que empezaba a provocarme convulsiones, iba acompañado de un olor a putrefacción y a humedad, como el olor que desprende la tierra

helada cuando esconde un cuerpo muerto. A mi mente acudió la imagen de la repulsiva cabaña, la cabaña de la colina... y de aquel hombre descendiendo hacia la casa... viniendo a por mí, susurrando desde el exterior. ¡Luché por despertar!, me convulsionaba de frío y de miedo, pero mi inmovilidad era casi completa.

-“¡Estás en un sueño!, ¡En un sueño!”- me repetía sin cesar, no podía dejar de pensar en que la niña había abierto la puerta de la casa. ¡¿Para qué, por dios?!

La respuesta llegó. Unos pasos se acercaban a la habitación. Al principio, pasos normales, pero se fueron acelerando hasta convertirse en una carrera frenética. ¡Lo que fuese ya estaba encima! ¡Despertar! ¡Quería despertar! ¡Moverme al menos! Pero la caja pesaba terriblemente, aplastaba mi pecho. Horrorizado, escuchaba correteos sin cesar, ella corría riendo y gritando de alegría; acompañaba al visitante. Venían a por mí.

Las pisadas finalizaron ante la entrada de la habitación. Esperé con los ojos desorbitados, tratando de fijar la mirada hacia la negrura del pasillo, temblando descontroladamente, indefenso y enloquecido. Los segundos parecieron siglos hasta que, por fin, las sombras cruzaron el umbral.

Ante mí estaba la niña y de su rostro había desaparecido el candor. Su expresión era opaca al contemplarme y cogía de la mano a un hombre de aspecto aterrador. Era el hombre de la cabaña. Su cara era una masa de bultos, podrida y amorfa. Sus pegajosos labios se movían sin control, emitiendo extraños bisbiseos, y salivaba un líquido blanquecino que caía por su cuerpo. Me observaba con expresión animal, la misma con la que me había atemorizado en la ventana. Sus brazos y piernas eran extraordinariamente largos, como de insecto. Iba vestido con extrañas ropas y una larga pieza de tela le cubría por completo. ¡Traté de gritar para despertar, pero no podía emitir sonido alguno!

Las manos de aquel ser se abrían y cerraban como garfios, y terminaban en largas uñas negras y rotas.... Carecía de pulgares.

Fue entonces cuando la niña sonrió, se miraron, y yo alcancé el límite del horror. Sus caras se mimetizaron y sufrieron una espanto-

sa transformación, sus bocas se deformaron, dejando entrever filas de dientes afilados. La expresión de sus ojos me enloqueció, pero a pesar del horror y del miedo, aferré la caja de mi hija con más fuerza, ¡venían a recuperarla!

Corrieron hacia mí, y sus chillidos se fundieron con mis gritos de terror. ¡Se abalanzaron sobre mi cuerpo, clavándome las uñas en las manos para arrebatarme la caja!

-“ ¡¡Despertaaaaar!!”

Desperté.

(...)

(.....)

(.....)

En el suelo del cuarto, y otra vez he vuelto a mearme encima. Avergonzado y sofocado, puedo por fin incorporarme. “¡Malditas pesadillas! ¡Mi cabeza! Es mi maldita cabeza de chalado. La medicina, ¡rápido! ¡La botella de vodka! Cuatro, cinco dedos, todo el vaso hasta arriba, tengo que calmarme y dormir, ¡dormir! No hay baño que valga, ni cena, ni música, ni nada. Me tomo una dosis de pastillas. Mejor la doblo... la triplico y basta. Todo el mundo sabe que estos médicos son siempre conservadores con las dosis y nunca pasa nada. Otro vaso de vodka, y otro, de verdad que lo necesito.”

Me voy tranquilizando. Estoy harto de sufrir continuas pesadillas. Dejo caer el vaso al suelo al intentar apoyarlo en una mesita. A tumbos por el pasillo llego hasta la cama. Dormir por fin. Con la mente abotargada y lenta, llena de la melaza pastosa de la medicina. Sin reflejos. Sin profundidad. Qué maravilla, empantanar la mente. Tranquilidad al fin mientras me derrumbo en la cama abandonándome al vacío y a la nada, sonriendo.

Casi feliz.

(.....)

Llevo durmiendo miles de años, mi cuerpo pesa toneladas, pero se balancea mecido por una suave marea. Derecha, izquierda, y vuelta a empezar. Una voz a lo lejos dice algo, pero está muy lejos y aquí nada es importante. Prosigue la marea que me acuna y me arrulla. La voz

se acerca y pronuncia mi nombre. Ya no está tan lejos, está cerca, muy cerca y la marea es ahora más fuerte, ¡me empujan! ¡Me están empujando! Alguien me llama insistente y quiere despertarme empujándome con violencia.

-“¡Despierta por favor, por favor, por favor! ¡Despierta! ¡Qué has hecho!”

Quiero abrir los ojos. Pesan terriblemente y es un esfuerzo descomunal, pero lo consigo. ¡Es mi hija! ¡Llora y me zarandea desesperada! ¡Tiene los ojos desorbitados!

-“¿Pilar...qué pasa? ¿Qué haces aquí? No puede ser, ¡estás muerta! Yo te dejé morir... ¡¡¡Esto es un sueño, otro maldito sueño, otra vez!!!”

-“¡Ayúdame! ¡Está dentro de casa! ¡Nos está buscando! ¡Va a encontrarme! ¿Por qué me has dejado otra vez sola?”

-“¡Pilar! ¡Tú no estás aquí! ¿De qué me hablas? ¡Mierda! ¡Esto no está pasando! ¡Estás muerta!”

No puedo moverme. Horrorizado, compruebo que no he salido del cuarto, estoy en el mismo sitio, soñando otra vez, encerrado en una continua pesadilla. Mi hija tiembla, me zarandea desesperada mientras dirige su mirada hacia el pasillo. Mi corazón va a estallar. Pilar grita. Un grito de horror. Sale corriendo, cerrando la puerta tras de sí, corre enloquecida.

La escucho gritar y caerse al suelo.

“¡Pilar! ¡Vuelve aquí!... ¡Pilar!”

Lucho, intento incorporarme, saltar de la cama, ayudarla. Es imposible, estoy paralizado. ¿Por qué no puedo despertar? ¡Mi hija está gritando en el pasillo, le tiembla la voz! Habla con alguien. Un susurro triste, un movimiento brusco y de nuevo silencio. ¡Quiero despertar! ¡Despertar de una vez!

Escucho correteos por el pasillo y de nuevo la risa. Alguien se acerca a la habitación, arrastra algo. El soniquete de una cancioncita para niños se aprecia cada vez más fuerte.

Me rindo, cierro los ojos, solo deseo que acabe pronto ¡Quiero despertar... por favor!

Un ruido de canicas rodando hacía mí. Pasan por debajo de la puerta...

Las recojo...

Mi último regalo a la pobre Pilar...

Alguien abre la puerta y entra...

Siento humedad en el cuello, es un beso. Y otro. La humedad permanece al retirarse los labios, muy fríos. Hago un esfuerzo imposible, desesperado. Abro los ojos nuevamente. El cuerpo muerto de mi hija está junto a mí. Quiero abrazarla con mi último aliento, pero alguien tira de ella bruscamente. Consigo girarme. Es una anciana sentada a mi lado, un ser horrible que me mira con sus ojos vacíos y rojizos... ¡Y sus uñas!... Sus uñas arañan la espalda de Pilar, inerte entre sus brazos.

Y, como en un mantra, susurra un lamento:

-“Los muertos viven en los sueños, Fénix, cruza el puente de Borgo, ella te estará esperando.”

“¡Despierta!”

EL VIGÍA I. SIN IDENTIDAD

El hombre contiene el aliento para apreciar la hondura de su desorientación. Suspendido en su vacío, casi se deleita saboreando su desamparo, su alucinante extravío. Con gran esfuerzo trata de abrir los ojos, no sin antes experimentar un prolongado estremecimiento. La incertidumbre por lo que pueda encontrar le provoca un nuevo espasmo. Siente que vuelve a desmayarse, se da cuenta de que recuperar la consciencia completa no será fácil. Un aplastante cansancio espiritual y físico emploma su estado. Se diluye una y otra vez entre luces e imágenes indefinidas, ingrátido, desvaneciéndose y sumergiéndose en las tinieblas nuevamente.

Una convulsión repentina sacude su cuerpo y, súbitamente, siente la luz frente a sus párpados cerrados. El momento presente lo extrae de padecimientos primarios y desconocidos para él. Recuerda haber vivido un frío y atroz apetito y una honda sensación de soledad que anegaban su capacidad de discernimiento. Se concentra ferozmente en huir de todo ello y lucha un instante, que le parece interminable, con el temor a abrir los ojos mientras una idea atraviesa su cerebro como una flecha: lo importante es su misión, lo esencial es su misión, pero... ¿en qué consiste?... No recuerda nada, ni su nombre... Nada. Abre los ojos.

Un hombre gordo y distinguido está sentado frente a él con expresión entre desdeñosa y divertida, sus piernas se cruzan con elegancia y su mano derecha se apoya con abandono en una me-

sita de cristal. A pesar de lo sorprendente de la situación y de aquel insidioso aturdimiento, el hombre siente más curiosidad que preocupación tras echar un vistazo receloso a su alrededor. Están sentados en lujosos sillones de cuero, en el interior de una gran habitación acristalada, confortable, cálida y adornada con colores metalizados. Enseguida cae en la cuenta de que no hay rastro de aparato tecnológico alguno, ni visibilidad exterior, ni salidas aparentes, los confortables sillones y la mesita de cristal son los únicos muebles de la estancia, parecen estar en una gran burbuja de material opaco e insonorizado. El hombre sin identidad mira sus manos con aturdimiento, es la única parte de su cuerpo visible y descubierta, siente su tacto sin notar familiaridad ni calidez. Es él, sin duda, es él mismo, su persona, sea quien fuere, siente su presencia en aquel lugar y tiene pensamientos autónomos, pero no recuerda, de alguna forma se ha olvidado. Lo más curioso es que no siente desesperación ni ansiedad, parece vaciado de una parte de sí, de su identidad, pero se sabe consciente de su existencia y, por algún motivo puede comprender y asimilar su extraña situación.

El hombre grueso y de aspecto seductor se dirige a él, clavándole unos ojos de magnéticos tonos amarillos que reflejan una inteligencia casi insoportable. La voz de aquel hombre distinguido produce en él una incesante conmoción en su interior, como si taladrara su mente con una punta indolora. *Vamos a estar juntos hasta que yo me asegure de que está usted preparado para hacer frente a lo que se le viene encima, amigo mío. Esa es la clave de los Vigías: debo contribuir a conferirle un sentido dentro del gran Proyecto del Humaniversal.*

Un Vigía... ¡Eso es! Está ante un Vigía del Humaniversal. A la mente del hombre acuden destellos ~~flashes~~ dispersos de inciertas imágenes, recuerdos inconexos, incapaces de darle una información relevante acerca del papel que un Vigía puede jugar en esa situación. El "Proyecto del Humaniversal", el Humaniversal... Alguien, en algún momento del pasado, le

había hablado de él. No recuerda qué le dijeron, ni a la persona que se lo contó. Sin embargo, no se sorprende ni siente hostilidad. Ahora ya no le extraña su calma, algo le dice que, a pesar del desconcierto que sufre, esto es, precisamente, lo que debe suceder.

El Vigía continúa su parlamento con tono pausado, como adivinando que el hombre acababa de concluir con su reflexión. *¿Sabía que fue Winston Churchill, un gran político inglés, quien sostuvo que el arte de aburrir consiste en explicarlo todo? Churchill sabía bien que el auténtico sentido de la vida residía en no saber lo que existe detrás de sus momentos culminantes, de las fronteras simbólicas a partir de las cuales el viajero se incorpora sin previsión a un mundo donde lo misterioso cobra vida y sale a su encuentro. Pero me estoy adelantando... No tema, voy a explicarle en qué consiste el mundo que le rodea para que comprenda lo que sucede y pueda tomar cruciales decisiones que, en realidad, ya ha empezado a tomar.* El Vigía cierra entonces los ojos con deliberada calma, como para dar tiempo a que el hombre asimile su discurso; parece embelesarse con su propia evocación.

El hombre sin identidad, inquieto, se remueve en su sillón sin comprender aquel discurso extravagante, luchando contra el aturdimiento que padece. No recuerda haber tomado una decisión que tuviese algo que ver con el momento que está viviendo; en realidad no recuerda haber tomado ni esa ni ninguna otra decisión. Está a punto de iniciar una tímida protesta, cuando el Vigía regresa de su ensimismamiento y recupera su tono enigmático mientras clava en él una larga mirada. *Estoy aquí por usted, amigo mío. Escuche lo que voy a proponerle en nombre del Humaniversal. Está usted a punto de pasar esa frontera, pero antes de lanzarle al mar de la oscuridad y de la esperanza, debemos aclarar algunas cosas.*

El Vigía, inescrutable, se acomoda en el sillón y vuelve su mirada dominadora hacia el cristal, hablando lentamente. *Usted está aquí porque el sueño compartido por cuatro protago-*

nistas, uno de los cuales es usted, ya se ha producido. Le doy la bienvenida a su estadio embrional, mi papel será aclararle quién es usted ahora, lo que está haciendo en este lugar y la misión hacia la que se dirige.

CAPÍTULO 2. UN DÍA CUALQUIERA

Fénix cerró la puerta de su casa, asegurándose de teclear todos los códigos. Habían sido dos días duros, trabajando sin descanso en la detención de Möh, pero ahora que lo habían cazado y entregado a la horma de seguridad encargada de su recogida, no dejaba de pensar en todo el asunto. Parpadeó con fuerza. En realidad, era algo preferible a encerrarse en el tema que más odiaba, él mismo.

Conectó la transparencia exterior para dejar entrar luz natural en la sala y comenzó a despojarse del traje de seguridad y del integral de acero que llevaba puesto debajo, como medida adicional de protección. Se dirigió al lavabo.

Tras darse una ducha rápida, alzó la vista frente al espejo. Sus ojos, pardos y rasgados, de buen tirador, no veían ya a un hombre joven. Los estragos del alcohol, del paso del tiempo y de otros infiernos habían mellado un físico que fuera excepcional. El “único exterminador capacitado para misiones en solitario”. Así fue él, en su día, hacía muchos días, el más letal... *¡el mejor!* *¡A la mierda con todo!* – pensó- *Hoy... ¡sí!* Hoy lo había vuelto a conseguir ante los ojos de los exterminadores más jóvenes, incluso King, el viejo cascarrabias, le había sonreído con su cara de piedra. Apagó la luz y volvió a la sala, habiéndose puesto encima algo de ropa cómoda.

Con Möh detenido parecía cerrarse una larga etapa, llevaban muchos años tratando de cazarlo, a él y a otros monstruos es-

pecialmente letales; y ahora, sin explicación alguna, las hormas les habían ofrecido ayuda para poder atraparle... vivo. Bueno, aunque así fuese, ya lo tenían encerrado y no volvería a hacer daño. Pero lejos de relajarse, ya estaba deseando que le avisaran desde la central para conocer el siguiente paso. Las hormas estarían sondeándole el cerebro a la búsqueda de la información que estuvieran investigando. Sí, muy pronto habría novedades.

Sin apresurarse, repasó superficialmente el estado de sus armas antes de limpiarlas y dejarlas a punto. Pensaba en la exitosa emboscada que le habían tendido a Möh, aunque la espera había sido larga e incómoda en la oscuridad del Atlas, una de las alcantarillas más escabrosas de la ciudad e identificada por las hormas como el pasaje preferido de los monstruos humanos, el acceso favorito de Möh.

Lo cierto era que habían realizado pocos disparos en esta salida; lógico, el alcantarillado Atlas no era el fuerte de los hostiles y habían podido encontrar la espalda con facilidad a varios asquerosos, mientras aguardaban al objetivo.

Con dos hábiles movimientos, Fénix desmontó el arma para colocarla en su soporte. Ligera y mortífera, de cañón grueso, resultaba siempre la menos utilizada por él. Más tarde la limpiaría y recargaría. El trabajo había resultado sencillo esta vez, inesperadamente sencillo, raro incluso, y no había resultado herido, a pesar de haber tenido que llegar al cuerpo a cuerpo para cazar a Möh vivo.

Mirando sus armas y su vestuario blindado, bien desplegado en el suelo, Fénix sonrió, sin alegría esta vez. El cuerpo de exterminadores estaría satisfecho: pocas bajas y mucho hostil secundario eliminado; sí, el operativo desplegado había resultado un éxito. La misión, impulsada por las hormas, era tan clara como tajante: atraparlo vivo. Vivo... -¿Por qué diablos?- Era tan extraño... Las hormas habían condicionado su ayuda, para esta y otras futuras misiones, a que Möh les fuera entregado con vida, y Fénix, muy consciente de que él era un mero músculo ejecu-

tor, no podía entenderlo –¿Cazarlo vivo? Increíble...- El asqueroso acababa de practicar su atroz *leitmotiv* por enésima vez: asaltar a una familia vulnerable, matar a los padres y llevarse vivo al hijo pequeño, en esta ocasión, una chica de quince años. Sus matanzas eran siempre aterradoras, y todo apuntaba, además, a que su última víctima, como siempre niño o adolescente, sería utilizada para servirle de alimento, a él y a quién guiaba sus acciones. Porque alguien lo hacía desde el exterior, eso lo sabían. Pero estaba claro, si deseaban la ayuda de las hormas y atraparlo vivo, era tomarlo o dejarlo, y lo habían tomado.

Dirigió su mirada a la sangre pegada a los guantes especiales con cuchillas; estaba dura y seca, una costra negra y brillante que debía eliminar inmediatamente. Echó un largo vistazo a su alrededor, necesitaba un alcohol especial para limpiar las manchas de sangre de las cuchillas. Sin moverse apenas, abrió un cajón del armario y alargó su mano hacia el frasco, abriéndolo, aspirando su fragancia. Cerró los ojos. El aroma del alcohol y la vista de la sangre le invitaban a evocar, con una mezcla de estupefacción y deleite, el momento de la detención del monstruo. Demasiadas sorpresas.

Möh se había mantenido inmóvil al saberse rodeado por los exterminadores, mirando con fijeza en su dirección, extrañamente tranquilo. Fénix no quiso arriesgar ante un elemento tan peligroso; así que, siguiendo su costumbre, disparó primero a la rodilla derecha, provocando su caída. Enfundando su arma en carrera y calzándose los guantes de cuchillas, estuvo encima en pocos segundos. Recordaba bien cómo había aprovechado la inercia de la carrera para golpear en caída la cabeza y el rostro de Möh, rompiendo y rasgando carne y huesos, sin contemplaciones, allí donde impactaba. Si no podía matarlo, al menos disfrutaría el momento. Fue entonces cuando sucedió algo inesperado: uno de los exterminadores le reprochó en muy mal tono que debían entregar al asqueroso con vida. Fénix detestaba que le recordaran que se estaba pasando, sobre todo

cuando lo hacía. Tan solo aceptaba las órdenes de King, el jefe de los exterminadores, pero este se mantenía en silencio. Así pues, recordaba muy bien su resignación cuando, tras alzar la cabeza, colérico, para mirar en la dirección de la voz, se encontró de frente con una horma de seguridad. Los miembros del equipo la miraban con pasmo. *¿De dónde había salido? ¿Se había unido al grupo de cacería? Pero ¿desde cuándo los acompañaba?* La horma de seguridad parecía haber tomado el mando y reiteró la orden con rudeza.

Su distracción apenas había durado un momento, pero al instante siguiente notó el tirón en su brazo, un tirón que le arrastró con fuerza pavorosa haciéndole caer hacia delante, justo encima del asqueroso. Dos exterminadores y la propia Horma se lanzaron a la carrera para intervenir.

Fénix abrió los ojos. Allí estaba, en la seguridad de su sala de cristal, acariciándose el mentón, pensativo, tratando de reconstruir con la máxima nitidez la situación. Recordando cómo, tras su torpe distracción, había sido arrastrado por Mõh para caer justo encima de su pecho, cara a cara. Sí, había tenido el rostro de Mõh a pocos milímetros del suyo y, por encima de la impresión de increíble pestilencia y fealdad, lo más impactante había sido su inexplicable expresión. El monstruo le había sonreído, le sonreía con su cara rota, bulbosa, hendida literalmente por sus golpes y cubierta de sangre. Había tratado de incorporarse, pero Mõh aferraba sus brazos a la altura de las muñecas y tiraba hacia él para no dejarle ir. Sus pegajosos labios se abrían con una absurda sonrisa y, a pesar de la fuerza aplastante, no parecía estar intentando herirle, parecía disfrutar con aquella dantesca situación.

Mientras empapaba un paño con alcohol, recordaba perplejo el extraño comportamiento del monstruo. Era incomprendible. Se dispuso a limpiar sus guantes. Incluso ahora, concentrado ante sus armas, todavía le parecía escupir sangre que no era suya.

La estrategia de defensa en un caso así no ofrecía asomo de duda, y él no dudó, desplazándose lateralmente envolvió con sus manos enguantadas una de las descomunales manos del asqueroso. Una torsión con las cuchillas y el pulgar derecho del monstruo era historia, arrancado de cuajo. Otro rápido movimiento envolviendo la mano izquierda y cercenó el segundo pulgar. Ahora le resultaría más difícil estrangular niños.

La sangre de sus guantes comenzaba, poco a poco, a desaparecer con el paño húmedo. Fénix repasó en su mente cómo, tras haberse zafado del agarre, volvió a golpear dos veces más a aquel ser asqueroso en su rostro y cuello, justo antes de que la horma de seguridad pudiera detenerle. Le hubiese matado... a ambos, en realidad.

Con el paño empapado, pulió cada cuchilla, engrasándolas a continuación.

Aquella horma había aparecido de repente, a ellos nadie les había avisado de que el Humaniversal enviaría una. *¿Para controlarles acaso?* Fénix sentía crecer la rabia en su pecho al considerarlo. Ellos haciendo el trabajo sucio y la horma que llegaba para llevarse el premio gordo, la gloria. Así eran las cosas, las hormas tenían la autoridad del Humaniversal, hacían lo que les parecía, y sin dar explicaciones, además. Estaba más que harto de ellas. El traje completamente cerrado alrededor del cuerpo de la horma se remataba con casco ceñido al rostro que impedía verla mientras ella sí que podía dirigirse a ellos y mirar sus rostros con insolencia.

Por si fuera poco, la horma había traído consigo una cápsula flotante de transporte con la que llevarse a Möh. Al parecer, lo tenía todo calculado. King había logrado contener su indignación a duras penas, la horma no había dejado de dar instrucciones a sus hombres sin dejar de observarle. Y eso había sido lo más irritante. Fénix apretó el paño con furia, recordándolo. *¡Malditas hormas!*

Al final, tras cerciorarse de que Möh estaba vivo, la horma ordenó que se le hiciese allí mismo una cura de emergencia. Fénix

no participó en ella, limitándose a observar el rostro del asqueroso, que no había dejado de devolverle la mirada con insondable expresión. Ya entonces lo pensó y ahora volvía a rondarle la misma idea inexplicable: en aquel rostro espeluznante había algo extrañamente cercano para él, pero eso era absurdo... No disponían de imágenes de Möh, nunca antes lo había visto. Qué extraña sensación tener la certidumbre de algo imposible. Soltó el aire con un fuerte resoplido, una imagen de archivo que había olvidado... Sí, eso sería. Tenía que dejar de pensar en ello.

Finalmente, introdujeron su cuerpo en la cápsula y la horma se lo llevó flotando tras de sí, perdiéndose en la oscuridad del túnel, de regreso a la zona protegida de la ciudad. Fénix hizo una mueca irónica al recordarlo, el monstruo estaba casi desangrado, mutilado y con la cabeza hundida, pero vivo. Misión cumplida.

Terminó de limpiar sus armas e introdujo su ropa de seguridad en la zona de lavado. Pensó en conectarse al videador, pero primero dedicó unos minutos a mirar por la ventana. Sí, lo que se temía, el muro de seguridad había vuelto a ser reconfigurado, constriñendo aún más los márgenes de la ciudad, reduciendo su perímetro. Los hostiles habían encontrado varias vías de entrada en los últimos meses y la única solución era resistir en el interior tratando de cegarlas, realizando batidas de exterminio de piojosos y estrechando la zona protegida de la ciudad. *¡Qué asco! Los hostiles estaban ganando, ¡malditos asquerosos... Escoria!* Suponía que esa era la razón de fondo para salir a dar batidas para cazar a bichos como el tal Möh. Lo cierto era que, tarde o temprano, tendrían que tomar medidas drásticas, el cuerpo de exterminadores era una unidad de élite, pero resultaba cada vez más insuficiente; además, las hormas del Humaniversal les prestaban una ayuda esporádica y siempre por razones que ellos no podían conocer. *¡Al diablo con todo!* Hoy habían ganado gracias a la colaboración de las hormas, a su información precisa, y eso era lo único que debía contar.

Pero no... Fénix cerró los ojos, no era eso lo único que contaba. Sintió cómo le inundaba la rabia por encima del cansancio y de la frustración ¿Por qué las hormas no les ayudaban más? ¿Por qué no lo hacían habitualmente pudiendo hacerlo? Una orden del Humaniversal y harían trizas el exterior del muro, la ciudad muerta, podrían aniquilar a todos los monstruos si quisieran. ¿Por qué no lo hacían? ¿Por qué permitían un cerco continuo de crímenes, secuestros y terror? Apretó los puños con impotencia. La idéntica situación se repetía una y otra vez, y siempre después de cada misión pero, tras esta última, la cuestión era especialmente lacerante por el dolor que podía haberse evitado, si hubiesen eliminado antes a Möh. Volvió a preguntarse el porqué de atraparle vivo... Otra cosa a la que no podía dar respuesta.

Agitó la cabeza hacia los lados. Tenía que esperar, hacer tiempo hasta que le avisaran de los resultados del primer sondeo cerebral al monstruo. Las hormas encontrarían lo que estuviesen buscando y King le avisaría, seguro. Opacando el cristal exterior, bloqueó la visibilidad, estaba en su casa y se aislaría todo lo posible, se aislaría... Sí, lo conseguiría esta vez.

Antes de dirigirse al videador y de conectarse a él, ya sabía que todo sería inútil, en la soledad de su salón acristalado, su interior iba a echársele encima, una vez más. Trató de resistirse, de concentrarse en lo mucho que disfrutaba con su trabajo. Quería evitar que le dominaran el sufrimiento y la culpa; pero, como de costumbre, ya era tarde. Trató de forzar su mente, de focalizar su pensamiento en lo eficiente que todavía era como exterminador, poderoso e implacable. Algo incompatible con ser un alcohólico, bueno, con haberlo sido, o con dejar de serlo; ya ni lo sabía, el borracho que llevaba dentro no renunciaba a reaparecer una y otra vez, pero él resistiría. O eso se repetía una y mil veces mientras miraba la botella recién requisada y que había llevado oculta en el traje de seguridad. "La botella o tú, Fénix", así le habían advertido en la Central; pero allí estaba, cerrada e intacta frente a él, frente a un hombre que no podía dejar de pensar en el

día en el que supo que deseaba morir, aquel día atroz en el que le informaron de la muerte de su hija Pilar. Tal vez una copa, solo por esta vez.

Fénix aferró la botella y la arrojó con rabia contra la pared mientras se conectaba al videador; ni siquiera escuchó el ruido del cristal al romperse. Había desistido en su proceso de desintoxicación demasiadas veces, había destruido todo demasiadas veces; pero el dolor le vencía y tenía que tratar de aplacarlo. Su casa entera era un videador virtual. Podría pasarse el tiempo acoplado al alimentario y desintegrarse a voluntad para desplazarse por espacios sin límite, huir de todo. La activación del videador penetró hasta las zonas más profundas de su cerebro buscando estimulación y vértigo, disparando los límites de la máquina como nunca antes lo había hecho. Un continuo y furioso universo de imágenes y sueños táctiles le transportaron con irresistible frenesí desde las vías letárgicas a las excitantes, a universos virtuales que le injertaban hipnóticos y de vuelta hacia las vías sedantes.

Todo resultaba inútil, con la inexorable fatalidad de quien conoce el corazón del problema, latiendo con fuerza, Fénix sabía que la desesperación culpable no se retiraría jamás; había sido el responsable de la muerte de su hija Pilar y el deseo de morir le invadía cada vez que terminaba una misión. Multiplicó la frenética banalidad virtual en la que se había sumergido, incapaz de disfrutar de sus éxtasis sensoriales, inútiles intentos de escapatoria. Tan clara era para él la vaciedad de sus divertimentos como la conciencia que tenía de su miseria como ser humano. Su mundo se había desplomado y el estruendo de la demolición era ensordecedor.

Inútilmente suspendido en un vacío entretenimiento, atiborrado de trivialidades, desconectó de golpe el simulador. Al hacerlo, se vio reflejado por entero en el gran visor que ocupaba toda casa, un gran ojo de cristal que reflejaba su insignificancia desde todos los ángulos posibles. Un habitáculo vacío y acrista-

lado desde el que comprendía que el seno protector de su mundo se había disuelto hacía mucho tiempo. Desde el fondo de su mente resurgió un deseo agudo e insistente de hundirse dentro de sí, pero trató de resistir. Ni siquiera pensó en el *proyecto VCP*, esa vida cerebral perpetua a la que tenía derecho como exterminador veterano. La rechazó desde lo más profundo de su alma, él no merecía algo así, era un monstruo que había provocado la muerte de su propia hija. Era una estafa. Y no hay futuro para alguien así.

El pensamiento de la muerte volvió a rondarle, a pulsionar con fuerza. Su cuerpo había sido mil veces cosido y reparado, pero su interior era una insoportable herida abierta que le arrastraba una vez más hacia el infierno de sus malditos recuerdos... Recuerdos que se le imponían, bloqueándole, por encima de su voluntad. Ya empezaba a notar cómo se desmadejaba su mente para dejar paso a uno de ellos, sometiénolo a una forzada introspección que desharía la poca cordura que le quedaba. Solo el trabajo le mantenía con vida. Su trabajo de asesino, sí, en eso seguía siendo el mejor. Esta vez se inyectó el calmante desde el propio videador, la máxima dosis.

Se dejó caer en el sofá, abandonándose a sus demoledores pensamientos; dejaba ir su mente a la deriva, incapaz de ofrecer resistencia a su destroz interior, el de cada día. La atracción hacia el abismo de sus recuerdos aumentó en intensidad hasta hacerse insoportable, solo podía dejarse arrastrar por su influjo y recoger después los pedazos de sí mismo.

Hundió la cara entre las manos mientras se abismaba en sí mismo, una y otra vez.

(...)

Estaba a punto de abrir la puerta...

CAPÍTULO 3. INTROVERSIÓN I. CANICAS

Abro la puerta y la oscuridad se adueña de la casa. Debe estar durmiendo, imagino. Estamos casi a 40 grados, incluso a estas horas de la noche.

Pero no, a los pocos segundos unos pasitos bajan por la escalera de la casa directos hacía mí, y allí estaba ella, la niña más bonita del mundo, Pilar.

Lanzándose de un salto a mis brazos, trepa hasta mi cara y me inunda de sus cálidos besos...

Recordaré ese momento siempre, lo sé.

Es su cumpleaños y no le he regalado nada. Una mala tarde en el trabajo me había arrastrado hacía uno de los tugurios más turbios de la ciudad, pasé horas destruyéndome hasta que me sacaron de allí.

Hasta donde alcanza mi memoria, mi vida como exterminador ha sido siempre una caza perpetua de monstruos humanos, depravados y asesinos. Y eso estaba minando mi salud. Pero por encima de todos estaba él, Mõh, el devorador de niños.

Llevaba siglos tras él; ese maldito asqueroso estaba destrozando nuestra vida y no entendíamos cómo salía y entraba una y otra vez, cómo traspasaba los límites de la ciudad secuestrando niños y asesinando despiadadamente a sus familias, sin ser nunca visto; tal vez con ayuda, pero ¿ayuda de quién?

Apenas me mantengo en pie con Pilar entre mis brazos, respiro en su cabello, tan negro y brillante. No puedo soltarla, su inocencia no le permite ver en qué me he convertido estos últimos años... Debo reac-

cionar, la dejo en el suelo, pero inmediatamente se agarra a mi pierna, ¿se habrá dado cuenta?

“No te preocupes cariño, voy a ducharme y saldremos a por tu sorpresa...”

Unos minutos más tarde, ella se encontraba casi dormida en el mismo sitio donde la había dejado, esperándome; debería subirla a la habitación, arroparla y mañana tal vez será un mejor día que celebrar; sin embargo, mi sentimiento de culpabilidad no es mayor que mis vicios y salgo de nuevo.

La meto en el coche profundamente dormida y me siento frente al volante, decidido a ir al bazar a por su regalo... y a por el mío.

Arranco, la tienda está relativamente cerca de casa, quinientos metros de mierda y podíamos haber ido andando, pero en mi estado apenas podría llevarla en brazos unos metros y los vecinos nos verían...

¿Qué clase de agente exterminador pasea a su hija borracho y drogado? y a estas horas.

Llegamos y aparco en el callejón de al lado. La veo dormir plácidamente detrás, no voy a despertarla. Cerraré la puerta y pasaré a buscarla en un rato. Avanzo como un autómatas por el oscuro callejón donde he dejado mi coche con mi hija dormida.

Al llegar al bazar busco con un ojo abierto y el otro cerrado algún regalo, algo que me saque del marrón en el que me he metido por ser el maldito padre del año.

Por fin, allí al fondo las veo, una gran bolsa de canicas, luminosas y de todos los colores en su interior. Estaban hechas para ella, sin duda, eran... como de otro mundo, un mundo feliz y no como este. Sí, había dado con el regalo perfecto. –“Te amo, Pilar, siento ser tan mal padre. Lo siento tanto...”

Al llegar al mostrador dirijo la mirada al exterior, justo enfrente veo algo parecido a un bar pequeño y oscuro, un hombre parece esperarme en una de sus mesas. Lo conozco, pero no sé de qué.

Me llama, o eso pienso... Está apoyado en una mesa que parece caerse a pedazos. Como de otro tiempo. Los ojos del hombre son helados y oscuros; por un momento me siento tentado de alejarme. Con un gesto

me invita a acompañarle. Lleva una botella de algo blanquecino en su mano, no reconozco el licor, pero no me importa, me ha atrapado y él lo sabe. Bebo.

Cuando vuelvo a abrir los ojos siento como si hubiera resucitado, como un maldito zombi saliendo de una tumba, dispuesto a acabar con lo que quede de humanidad; a mí, desde luego, ya no me queda ninguna.

No recuerdo cómo he llegado a casa, debí desmayarme y alguien me acercó. Llevo algo en el bolsillo que no distingo, duermo la mona un rato más.

Llaman a la puerta, me deslizo como un gusano hasta la entrada, abro y un haz de luz me ciega, el infierno había llegado a mi casa en forma de una horma de seguridad.

Han encontrado a mi niña en el coche. Muerta. Falleció mientras dormía. Falta de oxígeno, me dicen... hace dos días. Un indigente la encontró mientras trataba de robar el vehículo.

Caigo al suelo.

Ya nunca volví a despertar.